

Comunismo e individualismo

Para la mayoría de los que se titulan anarquistas, lo que importa más, lo que los mueve y preocupa no es tanto la libertad del individuo, la independencia personal, sino el comunismo: un sistema económico, un régimen de vida, una certidumbre de futuro, que enfrente a este presente.

En eso, como se comprende, no van muy lejos del socialismo. Ambos idealismos están determinados por una oposición común al individualismo; han nacido como una reacción social a la acción disolvente del individualismo que, poco a poco, va minando las instituciones más sólidas, va debilitando la cohesión de las fuerzas de conservación social, va subvirtiendo la disciplina, el orden, el método y el sistema, va trabajando en pró de la autonomía del hombre.

El socialismo, tiene vías políticas, camino de farsa y de imposición. El comunismo, por lo contrario, cree que podrá armonizar el sistema colectivo de producción y consumo con la libertad individual.

En el fondo, la misma energía utilitaria, el mismo concepto de materialismo histórico informa sus ideas; pero no son iguales la finalidad practicista de los unos y la realidad soñada de los otros. Lo que identifica a socialistas y comunistas es el aspecto primordial que toma para ellos lo económico sobre lo moral, los problemas de trabajo sobre las circunstancias de libertad.

Comprendemos, que el medio de armonización social del socialismo, es la imposición. La sociedad creada en beneficio de todos, está por arriba de las consideraciones al derecho de cada uno, a la libertad de acción de las minorías y las individualidades. Para el comunismo, esto no es así. El comunista aspira a garantizar la libertad del hombre, la total independencia del individuo, gracias precisamente a la organización económica. La condición necesaria y previa para alcanzar esa independencia y autonomía para el hombre, radica en la organización del trabajo. Están cansados de repetirnos que sin solucionar antes los problemas económicos, no hay libertad posible. De esto dedúcese, naturalmente, que se acepta la independencia del individuo como propósito, pero en la condición de que este halle lógico y bueno el régimen colectivo: el comunismo.

Se quiere, pues, la independencia del individuo, pero dentro de ciertas convenciones y reglas económicas y sociales que constituyen lo que se llama un sistema. Se quiere la libertad del hombre, pero condicionando al hombre. He aquí la paradoja, el error comunista.

El aspecto del problema, cambia con el individualismo. Este, da por exacto que lo que importa al hombre, lo demás valor para su vida es la libertad de pensar y de ejecutar lo que piensa. El principal interés vital, es la libertad de mo-

vimientos: la autonomía. Las circunstancias de comunismo o asociacionismo temporal para el trabajo, el consumo o la reproducción, es cuestión resultante de la libertad, en toda circunstancia debe ser el fruto de la voluntad del hombre.

El problema primordial, pues, hasta para ser comunista, es la libertad del individuo, su conciencia, su sabiduría, su capacidad de autogobierno.

Que el hombre proceda bien o realice el mal, no mengua el valor de la libertad, es cuestión suya, como suya también es la responsabilidad. Haciendo el bien, será estimado; haciendo un mal a los demás, gestará la reacción de los demás contra él y alcanzará un mal multiplicado como premio. Eso del mal y del bien, es una cuestión desde el punto de vista individualista, de inteligencia, de comprensión, de dominación de instintos y de voluntad. Para que pueda alcanzar la libertad el individuo, se lucha. Que realice el bien o el mal, es cosa suya, depende de su conciencia.

De estas deducciones, resulta lo económico en un plano secundario; lo primordial radica en la libertad. Lo económico es aquello que nos gusta más y queremos de este modo o del otro; pero la libertad, es la condición esencial para poder realizar lo que nos proponemos o queremos.

En consecuencia, el ser o no comunista, puede resultar cuestión de aptitudes, de capacidad intelectual, de gusto estético y sentido ético. En último como en primero, en todos los casos, siendo anarquistas, tenemos que comprendernos como individualistas, es decir, que consideramos a cada hombre en libertad y derecho de ser en economía, política y aun en el modo de vivir, lo que le plazca.

Para que sea bueno, sociable, justo, sincero y solidario con los demás, es preciso conciencia de sus actos, y un propósito levantado y digno. A la edificación de esa ética superior, de ese concepto de conducta recta y humana, dirigimos la cultura, orientamos la educación del hombre, pues que el individualismo quiere no solo el hombre libre en sus movimientos y acciones sino también evolucionado, superado en bondad y sentimientos humanos.

Para nosotros, el individualismo anarquista, es una actividad que trabaja por la libertad del hombre: idea de progreso, de conciencia, inteligencia y cultura superior.

Blancos y rojos

Política de engañoso color la vienen haciendo los radicales blancos y los radicales colorados. Unos y otros pretenden defender al pueblo, protegerlo, ayudarlo en sus necesidades y quebrantos. Leyes más o menos buenas, más o menos benignas, más o menos socialistas y justicieras, quieren traer un alivio real de la miseria, condiciones más humanas de explotación

Eugano, engaño vivo, artimaña de politiquerismo barato que cifra su acción principal, en una actitud de oropel y relumbrón pro eccionista. ¡Ay, de la gente de trabajo, si se fía de semejantes ciudadanos, de semejantes libertadores!

Ni hay, ni podrá haber mejoramiento real por vía legalitaria. La única garantía de mejoramiento económico, existe en la organización obrera y no en la política. La política, es una acción de engaño bobos que lo han aprendido todavía, a su costa los trabajadores?

EL INTERÉS

Decirle a ciertos hombres, que en la vida existe algo más, muy superior y más necesario que los problemas utilitaristas, es hablar en un idioma incomprensible para la mayoría.

Adversarios y enemigos de nuestras ideas, creyentes o ateos, burgueses u obreros, todos son interesados económicamente. Los ateos dicen que lo que importa es gozar de la vida en tanto dura; los creyentes, procuran gozar de esta vida sin sacrificar a la otra: son doblemente egoístas. El caso evidente es, que todos suponen que si somos anarquistas, si defendemos al obrero y hablamos de justicia social es, por envidia de la riqueza ajena, es por que no somos poseedores, por que no alcanzamos todavía dominios de riqueza.

—Usted, si es anarquista—nos dicen—ha de ser porque no tiene donde caerse muerto; pero si le toca la lotería por ejemplo, si le llueve una herencia cuantiosa, será tan burgués y quizá más conservador que yo mismo.

Esta modalidad de argumentación es general, y confesamos que, cuando nos citan a numerosos capitalistas despóticos para sus obreros que en otro tiempo se titularon anarquistas, nos invade cierta vergüenza.

¿Han, en verdad, sentido esos hombres las ideas? ¿Eran falsos propagandistas, malas personas o eran sinceros?

Si ellos comprendían a las ideas en un sentido utilitario; si a lo que aspiraban no era a ser buenos, justos y libres, sino a comer mejor y trabajar menos, la situación de burgueses es para ellos el desideratum de lo bueno y de lo normal.

Fueron anarquistas y rebeldes en tanto no tenían nada, en tanto vivían hambrientos y explotados por los demás; pero en cuanto cambió la situación también se modificaron sus ideas. ¿No hay quién nos dice todavía, entre los titulados anarquistas, que entre explotar y ser explotado prefiere lo primero? Pues, entonces, ni se nos conceptúa aún a los anarquistas, en un plano de ramplonería utilitarista, no tienen tanto la culpa los adversarios sino los mismos propagandistas.

GIROS Y CORRESPONDENCIA
::: A NOMBRE DE :::
ANDREA PAREDES

Un deportado de Norte América

Nos ha visitado el compañero B. Ramela, deportado por el *progresista* gobierno de Wilson. Tenemos en nuestro poder un artículo extenso, especie de informe de las atrocidades que se cometen con nuestros compañeros en la América del Norte, el que publicaremos en el número próximo. Damos la bienvenida a este estimado camarada, y secundaremos con el mayor agrado la campaña que piensa emprender en defensa de la I. W. W. o sea *Industriales Trabajadores del Mundo*.

Liga Racionalista

(SECCIÓN AVELLANEDA)

Hemos recibido un extenso y bien escrito manifiesto, denunciando la inculcable conducta de las autoridades argentinas, las que mantienen clausurado el local de esta institución contra todo derecho. El pretexto, bien ridículo por cierto, es que se han hallado en su interior elementos químicos como para fabricar explosivos. Esto es muy triste y vergonzoso para un país y para un gobierno. Lo que sucede es que la obra cultural que venía desarrollando esta progresiva institución, molesta y perjudica la acción gubernativa radical, cuya vinculación con el clericalismo es notoria.

Los racionalistas de la república vecina, deben insistir con una campaña amplia y valiente hasta obtener la reapertura del local social. Vaya pues, para ellos, nuestra simpatía y solidaridad incondicional.

FEDERACIÓN OBRERA LOCAL SANTIAGUINA

El 18 de Marzo, es una grata fecha para el proletariado de Chile. Es el día en que se organizó la F. O. L. S.

La unión continental de los trabajadores, es una esperanza. El proletariado de la América del Sud, debe ponerse en íntima relación.

He aquí la dirección de esta institución chilena. Correo 3-Casilla de Correo N.º 5016—Santiago-Chile.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Abierta a todos los hombres y a todas las ideas

OCHO PÁGINAS DE TEXTO

Precio del ejemplar: 10 ctvs.

Suscripción trimestral: 0.60 ctvs. en toda la república

Aparecerá quincenalmente desde

el 15 de Julio

CORRESPONDENCIA: Palcos 451. Buenos Aires

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE FRANCISCO ELORZ, BELGRANO 2556.—B. AIRES.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XIV
EL DECÁLOGO
VIII

El octavo mandamiento es una antinomia perfecta. ¿Qué utilidad o qué interés tiene esta figura literaria en el planteamiento y en la solución de un problema científico? Ninguno; es decir, tiene el interés para el autor de no decidirse por ninguna de sus variantes o por ninguno de sus pros o sus contras y quedar, de esta suerte, en una situación indecisa. La antinomia es una escapatoria de espíritu o una especie de brecha abierta por la que se sale el pensamiento y se filtran las ideas sin dejar nada sentado. Decir *si* y *no* al mismo tiempo, es no decir nada. Los autores que quieren ser fieles a un principio establecido de antemano, se ven, a veces, ante el dilema de no optar por ninguno de esos dos monoslabos. Es lo que ocurre a Massioti. El principio único o capital de este sabio, se sintetiza en que la criatura no tiene enmienda una vez formada, en que está condenada a un fatalismo genital, gestado en el útero donde el ser se gesta. Y tal principio es en él, tan poderoso como irreducible. El útero de la hembra o de la madre, es el enigma de la existencia, la equis del problema, la *cámara oscura* donde se plasma la vida. A partir de allí, el ser no tiene compostura psicológica ni por la educación, ni por ninguna otra influencia natural, científica o ética. En los seres ya formados no hay que trabajar lo más mínimo, hay que trabajar en el útero: el hombre como fuerza dinámica y la mujer como fuerza estática.

En virtud de esta panacea rigurosamente científica, la mujer puede ser la artista de su vientre, puede modelar sus hijos a su placer, puede conformarlos malos o buenos, sabios o ignorantes, embusteros o veraces, criminales o santos. La vida, al fin, ha sido aprisionada en su causa generatriz única. El hijo puede ser a voluntad de la madre y lo es según el principio científico de Massioti, fatal y eternamente. Las ideas de bondad y de desinterés que van poco a poco horadando los tiempos y trabajando porfiadamente los altos progresos por los que la humanidad reconoce sus evoluciones, son ineficaces y estériles. Esas ideas, a lo sumo, sólo sirven para entretenimiento de filósofos ociosos. El hombre es lo que es por su madre, y nada más. La hembra, en efecto, es más y puede más que el universo, más que el misterio que lo circunda, más que las leyes que lo rigen, más que los movimientos que describe, más que todo. A ella hay que adorarla en su vientre y por su vientre, y de ella hay que recabar la convicción de que la Tierra se ve poblada por generaciones sanas, sabias y buenas. Magnífica teoría, estupendo principio, al que no ha llegado ningún sabio contemporáneo o anterior a Massioti!

El hombre que se sienta bueno y capaz de hacer el bien y de practicar la virtud, debe bendecir en su madre tan loables prendas; debe bendecirlas porque su madre ha querido que así sea, como de ser malo, egoísta y rapaz, debe culparla

a ella, sólo a ella que no ocupó las horas de su gesta en la obra onisciente de un artífice divino. La mujer, si quiere, puede hacer del mundo un paraíso o un infierno. Ella es la poseedora de la humanidad y tiene este poder. Su vientre debe ser adorado, no en el sentido místico que lo adora el cristianismo, sino como resumen parcial y total de todas las causas de vida. Es, pues, por esto que no debe extrañarnos la antinomia del octavo mandamiento. Massioti, como hombre de bondad, quisiera que el hombre fuera bueno; pero si no lo es, serán inútiles todos los esfuerzos que haga para serlo. ¿Percibís la duda, la contradicción o los dos monoslabos que afirman y niegan al mismo tiempo? Aquí tenéis ese contraste de alma en toda su nitidez. Leed el precepto:

«No mistifiques, no mientas; la mistificación y la mentira acaban por confundir y engañar al falacioso mistificador (aunque si naciste para mistificar y para mentir te será tan difícil ser verídico y leal, como cambiarte la fisonomía».

No mientas, aunque si naciste para mentir, mientras dirás en todos los momentos de la vida. He aquí la idea. ¿Qué fatalidad puede igualar a ésta que nos posesiona del conocimiento de que hemos de ser malos, si malos hemos nacido por desenojo, por voluntad o por perversión de nuestra madre? Ah, ese conocimiento, de ser efectivo o verdadero, es terrible. Porque, ¿qué remordimientos serían iguales a los que sufriría la infeliz mujer que en contra de sus deseos gestara un hijo criminal, teo de conducta o despreciable por sus cualidades? Y lo decimos así por el hecho de que no siempre logra la inteligencia localizarse en una circunstancia determinada, como lo saben perfectamente todos aquellos que trabajan en ciencia, en arte o en filosofía. El pensamiento tiene en ocasiones tales rebeldías, que es poco menos que imposible reducirlo a una acción dada. El hombre intelectual, artista o pensador, no tiene dos momentos iguales de inspiración, y por ello que las obras del ingenio se hallen sometidas a un eterno aprendizaje. Ni con el pincel, ni con el buril, ni con la pluma, se hace lo que se quiere, sino lo que se puede. Y no es por cierto que la inteligencia sea incapaz de concebir geniales concepciones, es que las concepciones que la inteligencia concibe no tienen momentos de repetición, y además no alcanza la actividad de un conjunto de cualidades que tienen que moverse en consonancia. Un creador de bellas obras, tiene a las veces momentos tan desgraciados, que lo que crea o hace son ridículos adetesios.

La inteligencia es, sin duda, un mecanismo muy difícil de comprender. La caja craneana donde las ideas se elaboran, es cielo azul y limpiado, y a la vez, abismo insondable y negro. El hombre no hace lo que quiere, no porque no lo perciba, sino porque no puede, por que el conjunto de factores psico-

lógicos que tiene que poner en equilibrio, no obedecen a los mandatos de su voluntad. ¿Y quién nos dice que a la mujer madre no le ocurriera lo mismo? ¿Por qué ella habría de poder hacer a su hijo bueno, sin que le fallara ese momento de inspiración y las evocaciones de bellas que necesitaría dirigir al mundo que le rodeara, para dejar concluida a satisfacción su obra de arte? ¿Cómo aseguraría por siempre ese momento único? ¿Cómo podría desviar de su mente las preocupaciones de las que la voluntad se siente impotente para ahuyentarlas? Ah, esto es un laberinto. Si Massioti nos hablara en hipótesis o presentara la hipótesis de la *realidad humana* basada en el genitismo materno, el problema cambiaría de aspectos, pues que de hipótesis se hallan llenas las ciencias y el porvenir de toda suerte de conocimientos, de hipótesis susceptibles de comprobación o condenadas a caer en un olvido piadoso. Pero no; Massioti plantea sus problemas sobre una realidad absoluta e inextinguible; los plantea sin admitir la discusión, ni en presente ni en futuro, como una serie de hechos realizados o experimentados. ¿Y en qué terreno ha podido comprobar el absolutismo de su certidumbre? En ninguno, que sepamos. Basarse para ello en el postulado de Newton, es basarse en una realidad teñida por experimentada, pero que de ningún modo acreditada la experimentación de una nueva ciencia que no ha sufrido los ensayos necesarios. Como hipótesis, las ideas de Massioti quizás se situaran sobre el terreno de un progreso, pues que no carecen de la dignidad suficiente para que de ellas no se ocupen los hombres de sabiduría. Sin embargo, nuestro sabio a llegado a creer tanto en ellas y las ha rodeado de tales afirmaciones matemáticas, que vano intento sería discutirlo o querer oponerle las contrariedades que ofrecen.

Hay, en efecto, no pocas experiencias que las contrarían y que demuestran su veracidad por medio de los hechos. ¿Acaso no existen hombres que tienen como dos vidas en oposición, hombres que parecen nacidos para mentir o para ser malos y que después de la mitad de su vida se vuelven virtuosos y buenos? Si; la vida del hombre *activo*, está sometida a un proceso de rectificación.

Aquel que se persuade de las ficciones de una teoría, se halla dispuesto a cambiar de actos. Claro es que nos referimos a una teoría ha-cedera o de practicismo de presente. Juan Valjean, tratado y descrito tan magistralmente por Hugo, es uno de esos hombres *activos* de dos vidas en oposición. Primero es un hombre fiera, después es un hombre santo. El señor Magdalena no es Juan Valjean, y sin embargo, de él ha nacido. Juan Valjean es un personaje de novela, dirá Massioti. Es; pero, ¿no ha habido y no hay muchos hombres como el personaje de Hugo? Si, a fe nuestra. Si somos sinceros, debemos reconocer que nosotros mismos no somos iguales a como lo fuimos hace cinco años, hace diez años. En cada hombre hay, mal que le pese, un autodi-recta. La vida alcohólica; el ambiente impone y enseña. En cada desengaño de los muchos que sufrimos o continuamente, se encuentra el ger-

men de una rectificación, la partición germinatriz de un progreso. En cada año que pasa, una arruga se graba en nuestra fisonomía que tiene la virtud de enmendar algunas de nuestras inclinaciones. El hombre no es el mismo siempre, aunque parezca que obedece a una inalterable estructura psíquica central. Hay momentos que nos hallamos dispuestos a la práctica de un bien sin límites, otros que somos miserables o ruines y así en un orden contradictorio. No desconocemos que hay también quienes se esfuerzan por ser otra cosa de lo que son, sin resultado alguno. Pero, se cree que esos esfuerzos no continúan su curso y que no hacen su trabajo de evolución? Si. El progreso es una sucesión y un aytamiento de influencias de las que forman parte las actividades humanas. Se nace de una *manera*; pero no se muere de esa misma manera. A los veinte años de edad, la vida presenta un panorama muy distinto al que presenta a los cuarenta.

Si el hombre no se trabajara íntimamente y no modificara sus inclinaciones y su voluntad de hacer no abata el radio de su estructura biológica, sensible y elástica, entonces el principio de Massioti tal vez fuera fatalmente verdadero. Pero para dicha del hombre no es así. Para su bien, el hombre tiende a mejorarse incansablemente, como cuerpo que sigue los movimientos de un progreso infinito.

José Torralvo.

SINTÉTICAS

Quando la mentira alcanza la naturaleza de un hábito y domina en la psicología de un hombre, concluye éste por tomar a las ficciones de su propia imaginación como verdades indisutibles.

Generalmente, el miedo es un fenómeno común en las esferas de dominación; los gobernantes sólo son valientes rodeados de fuerzas militares munida de todas clase de armas; los caudillos son igualmente, desde lo alto de una tribuna y rodeados de la masa política u obra- ra que les sigue y obedece.

Los hombres pueden clasificarse en dos tipos morales: los ególatras y los falsos ególatras. Los primeros, se aman tanto a sí mismos, tienen tan alto concepto de sí, que en ningún caso realizarían actos que son característicos en los segundos, como ser: a) utilizar en beneficio propio la inteligencia y el esfuerzo ajenos; b) enorgullecerse de la obra que se dice suya y sólo es el resultado de la astucia aplicada a la explotación, dominación y engaño de los demás; c) ausencia de escrúpulos y simulación de sentimientos, cualidades e ideas, que no se poseen en realidad.

Predicándonos un sacerdote, castidad; un político, sinceridad; un negociante, honradez; un capitalista, altruismo; un militar, libertad; y, un magistrado, justicia, sabemos muy bien que nos quieren decir lo contrario de lo que nos dicen; pero si el que habla o escribe es un revolucionario, entonces debemos exigirle una capacidad revolucionaria y un valor personal, que garantice la seriedad de sus afirmaciones.

Entre los hombres que se titulan avanzados y revolucionarios, hay quienes pelean y se rebelan todos los días, según dicen, bien sea en la calle, en el café, en el trabajo o en cualquier parte; son pobres seres que tienen la obsesión de convencer a los demás de su hombría, de su valor para la acción, de su capacidad agresiva, y mienten tanto y tan bien, que al fin de cuentas los únicos convencidos de que son «muy machos», resultan ser ellos mismos.

La más grande frescura en compañía de una audacia sin límites, suele ser alguna vez la cualidad sobresaliente de ciertos hombres que pasan por talentos en los partidos políticos, en el campo obrero y entre los anarquistas. Nos hablan de sí mismos con una ingenuidad tan encantadora, se ponen tan altos en valor revolucionario y actos heroicos, hilan con tanta fortuna en la propaganda, ponderan tanto y tanto

su inteligencia y obra, que nos quedamos fríos, sin habla, estupefactos ante tal explosión de vanidad y amor propio falsificado.

Alguna vez hemos asistido a esas polémicas pueriles del café a que son tan aficionados los desocupados y algunos titulados anarquistas, y quedamos en verdad admiradísimos de como saben mentir algunos polemistas y citar conceptos y opiniones de libros que han visto tan solo por las tapas en el escaparate de alguna librería. Da gusto oír como valoran su tesis con la autoridad de intelectuales y sabios, o como ponderan y subliman hasta el ridículo a sus autores favoritos, a sus maestros de literatura avanzada y de crítica mordaz. Vargez Vila y Bonafour, por ejemplo. ¡Ah, cómo se reirían estos «viejos maestros» si conociesen de cerca a sus discípulos!

José Tato Lorenzo.

LIGERAS CONSIDERACIONES DE ARTE

LA CRÍTICA PICTÓRICA

El arte es, como principio y como síntesis, la expresión de la belleza. Esta es una definición que no tiene nada de original, pero concentra la virtud, siempre nueva y siempre convincente, de ser eterna. La belleza conseguida por los procedimientos técnicos más variables o heterogéneos, es arte; es conjunto de líneas que lo establecen, armonía de colores que lo plasman, evocación que el espíritu del artista hace a las partes más sensibles de la naturaleza que le rodea. A una obra de arte no deben exigirse requisitos ecclásticos, ni cánones de clasicismo, ni esa serie de menudos detalles que pide a gritos la crítica meticulosa y sin epidermis; debe exigírsele belleza y siempre belleza.

El artista que nos conmueve hasta ponernos triste, o que arranca de nosotros una alegría que ilumina nuestro rostro; el artista que despierta en nuestro espíritu suaves sensaciones recónditas, ese es el artista que cumple, sin duda, una alta misión estética. La belleza, pues, no tiene rígidos preceptos de expresión; su precepto verdadero es el de un sentimiento profundamente subjetivo que realiza en el universo de las visiones, inefables y tiernas armonías. En tal sentido la crítica no es una, como tampoco son unos los recursos del arte. La crítica que es una o que puede ser una, es aquella que acerca de un arte cualquiera alcanza en el sentido estético de la multitud, un sentimiento general. Pero el artista del color o de la línea, ¿casi nunca es el artista de la multitud, como lo es, por ejemplo, el poeta que canta sus dolores y sus angustias, sus esfuerzos y sus aspiraciones.

En el arte pictórico, la multitud es profana; vale decir, no siente ni percibe, como siente y percibe con la poesía. El profanismo de la multitud, casi puede darnos una interpretación de esta clase de arte. Y ella es que en la pintura, no hay una expresión única; hay temperamentos, sensibilidades, visiones y armonías, de las que participan en orden respectivo, autores y espectadores. Sin embargo, el crítico de

arte pictórico existe, como existe el crítico de arte literario. Pero, ¿qué debe entenderse o cuál debe ser la crítica de este arte? Esto es lo que no explica, ni enuncia, ni expone la crítica que conocemos. Ella es, en efecto, tan artificiosa de suyo, como convencional y pueril. Realiza y alaba, muchas veces en inteligencia perfecta con los artistas que critica; es personal, y cuenta entre sus méritos de exteriorización con las simpatías o antipatías de los hacedores de belleza. Así vemos con la frecuencia rítmica de las exposiciones que se efectúan, que la crítica es ditirámica, alabanciosa y servil, hasta lo estúpido; o es despectiva y ridícula, hasta lo grotesco.

Y decid, ¿qué sinceridad le halláis a la crítica que se deshace en un canto de sumas alabanzas, en un rosario de adjetivos elocuentes, en un eulace sucesivo de palabras escogidas, preciosas y sonoras? Por nuestra parte no le hallamos ninguna. En esa crítica observamos a nosotros una supina incapacidad para el análisis detenido de una obra de arte, o bien la conveniencia de imponer al artista a la gloria de los triunfos fáciles, o el interés de una participación financiera que en el mercado de la ingenuidad puedan tener las obras de tal guisa criticadas. La crítica no es el aplauso sostenido y prolongado; es otra cosa. La verdadera y la que se unge de sinceridad, pesa valores y los clasifica, busca contrastes y los anota, hace derroches de interpretación y de sensibilidad, en consonancia, si es posible, con la interpretación que a su obra haya querido darle el artista. Una crítica que no halla virtudes y defectos en la obra más o menos concluida, es una mala crítica; es decir, es la crítica que engaña, sugestiona y desvia. Y es que en ninguna obra de arte, se encuentra al artífice perfecto, inequívoco, sublime e infalible. La perfección, aun cuando por el supuesto de una idea exista en la naturaleza, en las armonías celestes del cosmos y en los relieves del infinito, nosotros los hombres somos incapaces de encontrarla y de ejecu-

tarla, pues que en nuestra naturaleza o en nuestro espíritu, no se guarecen ningunas de sus cualidades.

Nuestras obras, todas las obras de arte han de adolecer por humanas, de no pocos defectos. Su mérito real, aquel mérito que al cabo las consagra y las impone a la admiración de un crecido número de generaciones, consiste en que los valores que contengan sean en mayor cantidad que sus faltas. Y ese mérito de estética que es el que busca la crítica sincera, lo advierte en las mismas sensaciones que arranca a su temperamento predispuesto y sensible.

Las expresiones de la buena crítica sólo alcanzan esa meta de sensibilidad y de ahí no pasan. Pero, ¿qué críticos de los que acostumbra a pontificar con énfasis en bien del artista o en su desdoro, ejercen este magisterio de sinceridad? Muy pocos que conozcamos. Hay exposiciones de arte pictórico que debieran ser condenadas en nombre de la estética del dibujo, del color y de la perspectiva, que ocupan la atención de los *entendidos* muchos días seguidos en diarios y revistas; y hay otras, en cambio, que traen un aporte de gusto, de originalidad y de talento a la obra común de la gracia y de la belleza, que se las condena, se las rebaja y se las censura con un enseñamiento sin límites. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho; por incapacidad para el análisis de la obra de arte, unas veces, y otras por el interés mezquino que forma los lodazales de las conveniencias en este mundillo que vivimos.

J. T.

Los revolucionarios

Quiénes son?

Dónde van?

Cuál es su raza?

Son hombres únicos, la minoría audaz e inteligente que sacude a los pueblos; los héroes y los mártires de todos los tiempos.

No pertenecen a una raza; aparecen en todas las patrias, y sus ideas pasan las fronteras y cruzan los continentes, y dan la vuelta al mundo si son grandes y buenas, si persiguen propósitos de civilización, el mejoramiento de los hombres y libertad cada vez mayor. Hombres superiores a su época, y contra su época.

Ejemplo:

Grecia, destierra a sus revolucionarios del Siglo de oro. Anaxágoras, maestro de Sócrates, forzado es al abandono de los jardines de Aca-demos; marcha sereno al destierro, sin que el peso de sus años doblegue su independencia de ideas ni su carácter.

Sócrates, hereda la cosecha de ideas de su maestro y también sus virtudes de hombría, su amor por la libertad de pensamiento, y su alta y digna rebeldía. Sócrates, recibe el martirio honroso de los grandes revolucionarios; bebe la cicuta, serenamente, estoicamente, por no abdicar, por no rectificar sus inquietadores y subversivos conceptos filosóficos; en tanto se desenvuelve en el organismo la acción del tóxico, destruyendo uno tras otro los centros vitales, ante sus discípulos que lloran, él les dicta aún sus últimas lecciones, siembra en aque-

llos buenos espíritus sus postreras semillas y les ilumina con los últimos rayos de su gran inteligencia.

Son:

Los que violaron las costumbres establecidas por sus mayores; los que se emanciparon de las creencias que le inculcaron sus padres; los que no acataron, mansos y dóctiles, los preceptos contenidos en la Ley; los que han atentado contra la estabilidad social, incitando a los siervos contra sus señores, a los súbditos contra los gobernantes, a los desheredados contra los ricos.

Son:

Los que han sabido encender una luz en la conciencia del hombre; los que a la luz de la hoguera y a costa de la propia vida, forjaron el Renacimiento, tanal que se encendió en plena noche medieval y puso en precipitada fuga las sombras trágicas, el fanatismo y la barbarie que envolvían a Europa.

Son:

Los enciclopedistas, genitores de los derechos del hombre, sepulcrosos del feudalismo; los comunistas del 48; los internacionalistas de ayer y de hoy; los gremialistas que luchan por la emancipación económica; los anarquistas, en fin, que trabajando en la conciencia de los hombres propósitos de justicia social y progreso infinito, gestan anhelos de belleza, de armonía y de mejor vida, luchan por una independencia cada vez mayor, en el grupo familiar, en el pueblo, en la nación, en el continente y en el mundo.

PERFILES

Sin saber por qué, hay lapsos de tiempo más o menos prolongado que uno siente una sagrada pereza por comunicarse con aquellos que estima o ama. ¿Qué ocurre a nuestra alma en ese tiempo que uno hace su soledad más solitaria, sin intentar perturbarla con las pláticas epistolares tan gratas a nuestra sensibilidad y a nuestros recuerdos? Es este un trance del espíritu que casi no tiene explicación. Se siente, se percibe y se sufre, pero no se explica.

Estar solo y verse solo en el mundo, sin hacer nada por hacer desaparecer esa soledad, es un deleite de enfermo, o tal vez de angustiado, o quizás la resultante de una serie de choques recibidos muy vivamente, sin merecerlos acaso. La soledad es, por la causa que quiera, un refugio fortuito. En ella dialogamos con nuestra sombra, hablamos con nosotros mismos y de nosotros mismos hacemos miles de endiabladas conjeturas. En ella solemos preguntarnos por qué somos lo que somos y no otra cosa que agrade a nuestros vecinos, duchos sin duda en el arte de las amistades fáciles. Pero a sí mismos nos contestamos con convicción que somos contrarios a los acoramientos mordaces y que no podemos variar de actitud. Sin embargo, hay horas de energías que despiertan quizás, que pensamos en una superación de lo que somos; vale decir, pensamos en ponernos a tono con lo que nos rodea, en fingir contentos sin vivirlos, en reflejar simulaciones que formen o vayan formando a nuestro alrededor una atmósfera de triunfo; más en vano, no podemos.

El mundo real es superior a nosotros, en cuanto a las modalidades que hay que adoptar para vencerlo y dominarlo. Somos, sin poderlo remediar, hombres que queremos ser claros en nuestros movimientos, para que en ellos se lean las impresiones que elabora nuestro espíritu. Y siendo de esta suerte no somos nada en el mundo, por mucho que creamos ser en nosotros mismos. Ah, ¿quién que queriendo ser él y no pudiendo ser como los demás quiere que sea, no se refugia en la soledad de su individuo, luchando con sus impresiones íntimas y con las impresiones que le hieren el alma? Y en esta lucha que tiene el mérito de una tragedia en pleno silencio, es que va formándose involuntariamente el sentimiento de la pereza, de esa pereza que como un tabique se interpone entre nosotros y aquellos que estimamos o amamos. ¿No decíais que el hombre sólo tiene una sepultura? Pues, ¿cómo llamaríais vosotros a esos lapsos de tiempo que el hombre vive angustiado, luchando con la duda, sin comunicación y sin expansión?

II

Todos aquellos que se sienten fluctuar en medio de sus ideas, como paradojas en un cielo de afirmaciones, recuerdan la historia con profunda vehemencia y de la historia pretenden extraer las necesarias energías para asegurarse en su problemática actualidad. Así hacen, por ejemplo, los políticos rancios, los escritores desorientados y los revolucionarios muy adheridos a las concepciones viejas. En tales personajes, esa inclinación por lo pretérito, es una debilidad. Pero donde creemos verla más acentuada, es en los revolucionarios un tanto o un mucho estrepitosos o ruidosos y habladores de cosas gruesas, candentes y tonantes. En éstos, los recuerdos o añoranzas de la historia, se nos antojan imperdonables. No sabiendo hallar ideas en su tiempo, acaso por un temprano raquitismo de espíritu, quieren formar su convicción inspirándose en las ideas que ya fueron manoseadas, criticadas, desaprobadas por las nuevas inclinaciones humanas y seleccionadas en sus fundamentos primordiales.

Ah, estos revolucionarios tienen para todas sus cosas una gracia exquisita. Ahora se han propuesto darnos lecciones de anarquismo heroico, y con este interés piensan exhumar los alegatos ingenuos de sus principales primates. Será una justa interesante o un concurso de santas inocencias. Los buenos revolucionarios del proyecto, discípulos amantísimos de aquellos primates, harán bien en exhibir los restos de las doctrinas que hacían las delicias de nuestros abuelos, imbuidos de hacerle la revolución a los vigilantes de las esquinas. Y nosotros, muy agradecidos a la iniciativa de los adoradores de fetiches, esperamos la leyenda que se nos ofrece de anarquismo histórico y heroico. Sólo lamentamos que tengan que recurrir a tales recursos, para afirmarse, los revolucionarios furiosos.

III

A ti te ha dado por sentir con miseria por ese hombre, como si en realidad mereciera de ese ultraje. Y es lo malo que vas contagiando de esa idea cristiana a todos los que te rodean, quienes van

acorrando al pobre hombre sobre una circunstancia de lástima. Pero te equivocas. Ese hombre a quien juzgas así, es más torpe o más listo, más dormido o más despierto, pero hombre que tiene sus energías y una acción verdadera en el medio que le es peculiar. ¿No has advertido que no se halla en su terreno, que vive fortuitamente al lado tuyo y que sufre como una víctima al verse agetreado tan injustamente por tus lástimas? Si, no lo dudes. De hallarse en otro terreno en que estuviera dotado de atribuciones un poco jerárquicas, ese hombre te parecería otro hombre, acaso un hombre fuerte aunque fuera débil, quizás un capacitado aunque careciera de capacidades. ¿Por qué no educas tu visión y refrenas tus lástimas, hasta convertirlas en un sentimiento de verdadera humanidad?

Uno.

DESDE CHILE

La propaganda anarquista y el movimiento obrero

Un día (advirtiéndose que los sucesos se han acumulado) iba a celebrar sesión dicho comité, cuando se presentan los delegados de los jornaleros indignadísimos porque los carretoneros habían salido a trabajar. Los delegados de este gremio estaban presentes y ninguno sabía esto. Y si sabían que la noche anterior había sesionado el gremio y no acordó volver al trabajo, sino al contrario, continuar, habiéndosele confiado a Araneda una misión de la que debía dar cuenta en la sesión del comité del día siguiente. Como la hora a que quedó de presentarse había pasado, fué una comisión a buscarlo, pero fué inútil, a Araneda no se le vió sino hasta el siguiente o el subsiguiente día que alguien lo vió ir en automóvil con Arancibia Maira (el otro caudillejo), y algún militar. Ninguno de los dos aparecieron más por las reuniones. La traición era manifiesta. Rápidamente no quedaron en huelga más que lancheiros y estibadores, y luego solo los primeros. El decreto de la fotografía forzosa no había sido derogado; se había aclarado, sí, por el nuevo ministro, que la fotografía obligatoria era la que debía ir en la libreta. De las peticiones a los patrones habían alcanzado algunas migajas, y muchos ni eso.

El general Bari se declaró amigo de los obreros y se ofreció para interceder con el gobierno por una legislación de acuerdo con los intereses obreros. Al efecto envió para la deliberación de los huelguistas un capítulo de mejoras que pondría al gobierno, con las reformas que éstos le introdujeran, si aceptaban la condición sine qua non de someterse de inmediato y sin objeción al decreto de la fotografía. Quería el respecto a la ley y a la autoridad, el que a toda costa se quería que resultara indemne.

Los lancheiros contestaron pidiendo que se postergara la aplicación del decreto mientras demorase en la Cámara el estudio y aprobación de una ley que hiciese extensiva la fotografía forzosa, o mejor que obligase a llevar carnet de identidad personal a todos los ciudadanos de la República. Bari declinó entonces su papel de intercesor.

Esta conclusión absurda—defendida por un anarcoide cronista obrero de «El Mercurio» contra abgecciones que yo puse—prueba lo que ya dije con respecto a como se miraba esta cuestión. Por su parte el secretario de la Unión de Estibadores había caído en la más completa y extraña indiferencia, diciéndoles a los huelguistas que hiciesen lo que les viniese en gana. Sin embargo él había sido el más empujado en la realización del movimiento, el que más había trabajado en él y él fué el blanco de todos los ataques. Amor a la causa y amor propio debían pues haber estado unidos para que la indiferencia no se apoderase de él hasta el punto de dejar impasible que se torciese el significado y objetivo que para los conscientes tenía la huelga y que se pidiese que un decreto combatido con el sacrificio enorme de un largo paro de miles de trabajadores se convirtiera en ley de la República; petición de un puñado de hombres! Pero eso ocurrió; ¿Y quién puede penetrar el arcano de un espíritu cansado y decepcionado? Con esto se dió por terminada la huelga.

El prefecto de policía hizo a los pocos días lo que el general Bari había hecho. Sometió a la consideración de la Unión de Estibadores un pliego de mejoras que solicitar del gobierno central, del provincial, de las autoridades marítimas y patronos; y que era más o menos lo mismo que se pedía en la huelga, es claro que en otra forma, con alabanzas y agradecimientos, y por vía, como se vé, distinta. Esta vez la prensa aplaudió las justas y moderadas peticiones, que demostraban un serio y concienzudo estudio, que los obreros hacían por intermedio del señor Prefecto.

Mientras tanto la huelga continuaba en los puertos del norte, habiendo los huelguistas sufrido una cantidad de atropellos de parte de las autoridades, especialmente en Tocopilla. A los varios días de terminada en Valparaíso la huelga, llegó de Antofagasta un delegado a imponerse del estado en que se hallaba el movimiento, pues no recibían noticias. Lo menos que esperaban era que en Valparaíso hubiese terminado la huelga, por ser este puerto el centro y promotor de ella y porque existía el acuerdo de que la terminación debía ser simultánea.

Mientras el delegado se encontraba por acá, estallaron en Iquique los petardos y bombas de que ya hablé. Debo advertir que en este puerto la huelga se hizo solo contra el decreto de la fotografía, y a ella puso término la racha policial que siguió a esas explosiones.

Demás estará decir que con motivo de esta huelga fue grande el clamoreo que se levantó pidiendo la ley de residencia, de huelga, tribunal de arbitraje obligatorio, etc. El gobierno atendió este criterio y en Diciembre dictó un decreto sometiendo las huelgas a reglamentos; en Enero otro ministro dictó otro decreto concediendo las ocho horas a los operarios de los ferrocarriles—que son del Estado—quienes en mítines han pedido, secundados por sociedades de resistencia, que ese decreto se convierta en ley de la República; en este mes un nuevo ministro hizo extensivo dicho de-

creto a los operarios de otras maestranzas pertenecientes al Estado. A esta huelga se debe también que la Comisión de Legislación Social de la Cámara de Diputados, haya recomendado con caracteres de urgente aprobación a este cuerpo legislativo el proyecto de ley de residencia del diputado Laramillo.

Queda dicho que como en Valparaíso, hay en Santiago una sociedad de zapateros; su nombre es: Federación de Zapateros y Aparadoras. No es la única sociedad de resistencia que existe, pues están organizadas, aunque débilmente, los carpinteros, los albañiles y estucadores y hasta existe otra institución de aquel gremio con el nombre de Grupo Federado de Zapateros Internacional; pero es la que nos interesa para ver a través de ella la forma que asume la lucha obrero capitalista en sus rasgos sobresalientes.

Esta institución cuenta, si la memoria no me engaña, con pocos meses más de un año de existencia. Fue un grupo, como siempre, el fundador. El gremio había sido siempre reacio e indiferente para la organización, aunque valiente para la lucha. Los organizadores sabían lo que se echaban encima. Por eso, al mismo tiempo que encaraban el problema de la organización se enfrentaban al capitalismo. El triunfo en la primera prueba acicateó a muchos y la sociedad creció. Luego otra huelga y otro triunfo y mayor número de asociados. El secreto del triunfo ha consistido sin duda más que en otra cosa en que habiendo abundancia de trabajo no se encontraban reemplazantes, y además, en que el gremio más o menos comprende y practica, aun cuando se encuentra desorganizado, la solidaridad.

La corta vida de la Federación ha sido una lucha permanente y una serie ininterrumpida de batallas ganadas. Ha impuesto su voluntad en las fábricas, por medio de la huelga y el boycott, hasta el punto de que en algunas ha hecho que los patrones cobren a los operarios las cuotas. Como se comprenderá esto es para que el pago de las cuotas no se escape, cosa posible encargando a un delegado la cobranza. Algunos boycotts los ha levantado mediante el pago de una regular indemnización por parte del industrial.

Las características de las huelgas que se han hecho una vez fuerte la Federación, ha sido, una, que iniciado el paro en una fábrica, los operarios de las demás han atendido a formarles de sus jornales a los huelguistas, sino el jornal que ganan trabajando un subsidio no despreciable y que hace que sea más o menos cómodo ser huelguista; y otra, que no hay comisiones, que demanden tiempo, ad honorem.

Juan F. Barrera.
(Continuará)

La Simiente Roja

Nos comunicando Berisso (R. A.) que se ha constituido un Centro de E. S. y Biblioteca con el título que encabeza estas líneas.

Piden a la prensa libertaria y a los Centros editores de publicaciones que le envíen folletos y periódicos para la mesa de lectura.

Su dirección es: Río Janeiro 4221 Berisso R. A.